

## PRÓLOGO

Para narrar las palabras y gestos de Jesús los Evangelios acuden básicamente a tres verbos, que son los de mayor frecuencia: enseñar, perdonar y curar. Las páginas de este manual tratan, especialmente, de los dos últimos. Cada generación puede traducir a su experiencia histórica profunda la propuesta de perdón y curación que Dios le ofrece en Cristo, explicitando el cómo y el porqué Dios sana integralmente al hombre. El presente manual se alinea en esta perspectiva y ensaya unas respuestas. Para ello, aborda conjuntamente dos sacramentos: primero, la Penitencia y, después, la Unción de los enfermos. Su presentación en un solo volumen así como el paralelismo que guardan las respectivas exposiciones de estos sacramentos, responden a un criterio teológico: la Penitencia y la Unción, en su específica diferencia, guardan una estrecha relación porque uno y otro son sacramentos de curación<sup>1</sup>. El 42 por ciento del relato de la vida pública de Jesús en el evangelio de San Marcos lo consituyen curaciones. Su carácter terapéutico y restaurador fue puesto de relieve por la reflexión espiritual tanto del Oriente como del Occidente cristianos. Aquí nos ocuparemos preferentemente de estos sacramentos en la tradición latina de la Iglesia católica, pero sin dejar de integrar la rica reflexión espiritual del Oriente cristiano<sup>2</sup>.

La dimensión sanante, como continuidad en la Iglesia de las acciones salvíficas de Cristo, aparece subrayada en el *Catecismo de la Iglesia*

1. Cf. A.-M. TRIACCA, «Penitenza e Unzione degli infermi: loro relazioni e divergenze. Iniziali considerazioni metodologiche», *Rivista Liturgica* 78 (1991) 588-605.

2. Cf. C. DE FRANCISCO VEGA, *Las Iglesias Orientales católicas: identidad y patrimonio*, Madrid 1999. Para una referencia más exhaustiva, cf. J.-M. SAUGET, *Bibliographie des Liturgies Orientales (1900-1960)*, Roma 1962; S. JANERAS, *Bibliografia sulle Liturgie Orientali (1961-1967)*, Roma 1969.

*Católica* a partir de la imagen situada al comienzo de la sección que trata sobre la celebración del misterio cristiano. Entre los muchos iconos que podrían haberse elegido para expresar el conjunto de las acciones rituales de la Iglesia, se ha dado preferencia a un motivo que señala este carácter medicinal: representa el encuentro de Jesús con la hemorroísa, tal y como se aprecia en el fresco de las catacumbas de san Marcelino y san Pedro. En el *Catecismo*, esa imagen va acompañada del siguiente comentario:

«La escena representa el encuentro de Jesús con la mujer hemorroísa. Esta mujer, que sufrió durante largos años, se curó al tocar el manto de Jesús gracias “a la fuerza que había salido de él” (Mc 5, 30). Los sacramentos de la Iglesia continúan ahora la obra de salvación que Cristo realizó durante su vida terrena. Los sacramentos son como “fuerzas que salen” del Cuerpo de Cristo para curarnos las heridas del pecado y darnos la vida nueva de Cristo. Esta figura simboliza, pues, el poder divino y salvífico del Hijo de Dios que salva al hombre por entero, alma y cuerpo, a través de la vida sacramental» (CCE 1066).

Quizá la imagen de Cristo más grabada en la tradición primitiva fuera la de Jesús como Médico prodigioso<sup>3</sup>. San Ignacio de Antioquía designa de este modo a Cristo en su carta a los Efesios (7, 2)<sup>4</sup>. Precisamente en esa ciudad se hallaban los médicos de la antigüedad que recogían hierbas para tratar las diversas enfermedades. Por eso, Ignacio presentaría en forma inculturada a Cristo como Médico (*Christós iatrós*), y a los sacramentos como realizaciones de aquello a lo que aspiraban los galenos de Antioquía: encontrar una hierba que fuera medicina para la muerte, elixir de la inmortalidad.

La Iglesia, en su oración, invoca a Cristo como «médico celeste» y «medicina» para las enfermedades del hombre. La liturgia de los domingos de Cuaresma en el rito siro-occidental resalta las curaciones corporales como pruebas sensibles y maravillosas de la divinidad de Cristo taumaturgo. Una oración matutina en estos domingos dice así:

«Médico bueno que todo lo curas por el arrepentimiento,  
Señor soberanamente bueno y príncipe de los médicos,  
Fuente de vida y principio de toda sanación,  
Que sanas nuestras almas por medio de los males corporales (...)  
Tú que fuiste llamado Samaritano por nosotros y,

3. Cf. A. OEPKE, «Iáomai», en GLNT, vol. 4, 695; cf. T. SPIDLIK, *Il cammino dello Spirito*, Roma 1995, 135.

4. J. J. AYÁN (ed.), *Ignacio de Antioquía - Cartas. Policarpo de Esmirna - Carta. Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelio*, Madrid 1991, 111.

para librarnos de las llagas de nuestros pecados  
 has derramado sobre ellas el aceite y el vino misteriosos,  
 Tú Médico de los corazones y sanador de los sufrimientos,  
 que nos has marcado con el sello de tu santo óleo,  
 embellece nuestras almas con el esplendor de tu santidad (...)  
 y haznos llegar a la herencia santa reservada a aquellos  
 que han hecho obras de penitencia»<sup>5</sup>.

De modo semejante, la celebración del Oficio *pro infirmis* del Rito hispano testimonia la fe en el poder terapéutico de Cristo. En este Oficio, que se celebra todos los viernes *De Cotidiano* cuando no coincide con la memoria de algún santo, se canta el himno *Christe, caelestis medicina Patris*:

«Oh Cristo, celeste medicina del Padre,  
 verdadero Médico para la salud del hombre,  
 extiende poderosamente tu favor  
 en bien del pueblo suplicante»<sup>6</sup>.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* invita a contemplar los sacramentos como realidades culturales en cuya celebración el teólogo intuye su núcleo profundamente unitario<sup>7</sup>. Esta pauta determina la orientación dogmático-litúrgica que caracteriza a este manual. En la conjunción de ambas perspectivas, la exposición se revela como un tejido donde misterio, celebración y vida –*lex credendi, lex orandi* y *lex vivendi*– interactúan mutuamente a través de una lógica que encuentra en la fe y en la simbólica de la liturgia el propio *humus* y el constante punto de verificación.

Tanto el estilo de manual –sintético y asequible, más que erudito– como la claridad pedagógica aconsejan reducir a lo imprescindible las citas a pie de página. La bibliografía final presenta una selección de textos que, bien por su autoridad, bien por su actualidad, constituyen una provechosa fuente de consulta y ampliación. Los textos bíblicos en castellano se toman de la *Sagrada Biblia*, publicada por Profesores de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (EUNSA, 5 vols., Pamplona 1997-2004). Para las citas sálmicas no hemos elegido la nu-

5. M. NIN, *Las liturgias orientales*, Barcelona 2008, 103-104.

6. *Breviarium Gothicum*, J. Paniagua (ed.), León 2004, CXLV: *Christe, caelestis medicina Patris, verus humanae Medicus salutis, provide plebis precibus potenter pande favores*. Cf. también LITURGIA HORARUM, Hymnus ad Officium lectionis temporis Nativitatis: *Christe, tu advenis morbis hominum Medela*; *ibíd.*, Feria quarta, hebdomada II Adventus, oratio conclusiva Laudum: (...) *qui caelestis Medici consolantem praesentiam sustinemus*.

7. Cf. CCE 1113-1134.

meración hebrea, sino la litúrgica. Las citas litúrgicas se toman de la cuarta reimpresión del «Ritual de la Penitencia» del año 1975. El Misal y el Oficio Divino se citan de la edición castellana del Misal Romano de 1989 y de la edición castellana de la Liturgia de las Horas de 1981. Siempre que es posible, las citas patrísticas se toman de las conocidas ediciones modernas españolas (Fuentes patrísticas, Ciudad Nueva...) y extranjeras (CCL, CSEL, SCh...).

El autor